

TRABAJO INTEGRADOR FINAL



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

Facultad de Psicología

“Un recorrido desde la Psicología y el Psicoanálisis en torno a las causas y funciones de las creencias religiosas”

ALUMNA: Berri, Lucero.

LEGAJO: 98323/2.

CORREO ELECTRÓNICO: lucero5@hotmail.com

DIRECTOR: Miranda, Fabián

Índice

1. INTRODUCCIÓN

- a. Planteamiento del problema.
- b. Metodología.
- c. Objetivos.

2. DESARROLLO

- a. Definiciones de las creencias religiosas desde distintos autores de la Psicología y el Psicoanálisis.
- b. Constitución psíquica, producción de subjetividad. ¿Qué lugar ocupan las representaciones religiosas?
- c. Origen mítico de las representaciones religiosas desde Freud.
- d. Críticas de Freud a las representaciones religiosas.
- e. Las representaciones religiosas a la luz de la segunda tópica Freudiana.
- f. Papel del superyó y el ideal del yo en torno a las creencias religiosas.
- g. Culpa, pecado y superyó: Algunas relaciones posibles.
- h. Estructura de la masa, ideal del yo y religión.
- i. La religión ¿nos resguarda de la neurosis individual?
- j. Funciones de las creencias religiosas para el psiquismo.
- k. Lo que sostienen otras corrientes de la psicología acerca del tema.
- l. La actualidad de las creencias religiosas ¿Se encuentran en crisis?

3. CONCLUSIÓN

4. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. INTRODUCCIÓN

a. Planteamiento del problema

El presente Trabajo Integrador Final se encuentra enmarcado dentro de la normativa vigente del artículo 19 del Reglamento de Enseñanza y Promoción de nuestra Facultad. El mismo tiene el carácter de una monografía de articulación teórica y se inscribe dentro del área básica de formación, del plan de estudios de la licenciatura en psicología. Carrera perteneciente a la Universidad Nacional de La Plata. Se propone rastrear los posibles fundamentos de las creencias religiosas a partir de la Psicología y del Psicoanálisis.

El problema que se plantea son las causas de la fe y la religiosidad en la psiquis humana, por lo tanto, se pretende responder al porqué de las creencias religiosas. Procuramos ir al fondo de la problemática, intentado aportar a los debates actuales de la psicología y el psicoanálisis.

Para desarrollar las posibles respuestas a los fundamentos y causas de las creencias desde distintas perspectivas, se buscará recuperar definiciones de distintos autores de la Psicología y el Psicoanálisis sobre las creencias religiosas, también delimitar su metapsicología desde los aportes freudianos. A su vez indagaremos sus funciones, además sus ventajas y desventajas. Asimismo rastrearemos su génesis a nivel del psiquismo desde una perspectiva psicológica y no histórica.

Consideramos que la problemática expuesta es de interés para varias disciplinas, sobre todo para la psicología. Por un lado, a causa de que las creencias religiosas han estado presentes desde tiempos remotos en el carácter humano, pese a distintas culturas, sociedades, prácticas o formas de concebirlas. Resulta cautivador el hecho de que este tipo de creencias están basadas mayormente en fundamentos abstractos, no comprobados empíricamente, donde incluso lo racional no alcanza para dar cuenta de la existencia de ellas.

En efecto, nos es significativo analizar la gran devoción, la motivación de conductas y acciones que confieren sacrificios sin tener pruebas lógicas o fácticas que los sustenten, y también tener en cuenta la paradoja de que las creencias son fundadas por el hombre y que, a su vez, éstas influyen en la subjetividad de quienes las crean y/o practican. Y, por otro lado, la temática a desarrollar es de gran atractivo específicamente en el área de la psicología, y más que nada del psicoanálisis, ya que este tema ha sido abordado exhaustivamente por el fundador del mismo, demostrando su profundo interés. A Freud (1929, 1927) le resulta cautivador dicho contenido, entre otras cuestiones, a causa de que desarrolla e intenta delimitar el origen de las creencias religiosas y allí aprecia como las prácticas, los ritos y los modos de manifestar la fe que existieron en los primeros sistemas religiosos, siguen interviniendo y estando presentes en su actualidad. La religión existe hace años, se instituye y reproduce hasta el día de hoy, con plurificación de formas y sustituciones. Eso es lo que atrae la atención del mencionado autor, sus formas sustitutivas que preexistían en su actualidad y que siguen vigentes hasta el día de hoy. Estos modos se mantienen a pesar de que impliquen poner en marcha mecanismos represivos, restricciones, normativas y mandatos que regulan la vida de los sujetos.

Las preguntas que orientarán nuestro recorrido son: ¿Qué función cumplen las creencias religiosas en el psiquismo? ¿Cómo puede explicarse desde el psicoanálisis el extremo aferramiento de algunos sujetos a sus creencias religiosas? ¿Qué usos pueden hacer los sujetos de ellas? ¿Cuáles son sus causas a nivel de lo psíquico? ¿Qué instancias psíquicas de la tópica Freudiana y cómo están involucradas en el aferramiento de algunos sujetos a sus creencias religiosas? ¿Qué papel pueden cumplir los mandatos religiosos en el conflicto psíquico neurótico?

b. Metodología

Ya que el trabajo que se realizará será monográfico, es decir de articulación teórica, el método que se utilizará será el análisis de la información obtenida de

distintos escritos y autores que desarrollan la problemática elegida, abordados a lo largo de la carrera de grado. Se realizará una lectura crítica de los mismos utilizando un método argumentativo – demostrativo a partir de la exégesis bibliográfica correspondiente.

Dicho método se enmarca en el enfoque cualitativo, este cuenta con diversos instrumentos de obtención de información, según Yuni y Urbano (2006). El instrumento que usaremos se denomina “instrumentos de registro” (2006:31), que tendrá que ver con el camino pensado para obtener información.

Por último, es relevante mencionar que este trabajo se ubica dentro de un diseño bibliográfico (Sabino, 1996), ya que consistirá en trabajar con materiales que han sido elaborados por otros autores. Fuentes bibliográficas primarias y secundarias.

c. Objetivos:

Objetivo general:

- Indagar distintas teorizaciones de la psicología y el psicoanálisis para explicar las causas y los fundamentos de las creencias religiosas.

Objetivos específicos:

- Definir qué función cumplen las creencias religiosas en el psiquismo.
- Analizar el acto de tener fe, desde una perspectiva metapsicológica.

2. DESARROLLO

a. *Definiciones de las creencias religiosas desde distintos autores de la Psicología y el Psicoanálisis.*

Para comenzar el desarrollo del presente trabajo es necesario servirnos de algunas concepciones y definiciones acerca de las creencias religiosas. Si bien

el punto a indagar son sus fundamentos y causas, es relevante intentar delimitarlas y rastrear posibles respuestas desde distintos autores a ¿Qué son las creencias religiosas?

Freud revisa exhaustivamente el tema escogido y lo que hace es definir a las representaciones religiosas como:

Son enseñanzas, enunciados sobre hechos y constelaciones de la realidad exterior (o interior), que comunican algo que uno mismo no ha descubierto y demandan creencia. Puesto que nos dan información sobre lo que más nos importa e interesa en la vida, se les tiene muy alto aprecio. Quien no sabe nada de ellas es harto ignorante; quien las ha recibido en su saber puede considerarse muy enriquecido. (Freud, 1927:25).

Además, el mencionado autor expone que las representaciones religiosas son una ilusión porque están al servicio del cumplimiento de deseo (Freud, 1927). Eso explicaría su naturaleza psíquica y su tan arraigada creencia en algunos sujetos a pesar de que se les presenten pruebas objetivas que las refuten. Esta hipótesis será ampliada a lo largo del presente trabajo para entender las causas de dichas creencias. Plantea que:

Nos es lícito, entonces, repetir; todas ellas son ilusiones, son indemostrables, nadie puede ser obligado a tenerlas por ciertas, a creer en ellas. Algunas son tan inverosímiles, contradicen tanto lo que trabajosamente hemos podido averiguar sobre la realidad del mundo, que se las puede comparar —bajo la debida reserva de las diferencias psicológicas— con las ideas delirantes. Acerca del valor de realidad de la mayoría de ellas ni siquiera puede formularse un juicio. Así como son indemostrables, son también irrefutables (1927:31).

También Freud, en el escrito citado anteriormente, define a la religión. En “El porvenir de una ilusión”, el autor despliega varias de las cuestiones sobre las que nos interrogamos y desarrollaremos en el trabajo y proporciona

puntualizaciones que delimitan los conceptos centrales de nuestra temática.
Define a la religión como:

(...) tesoro de representaciones, engendrado por la necesidad de volver soportable el desvalimiento humano, y edificado sobre el material de recuerdos referidos al desvalimiento de la infancia de cada cual y de la del género humano. Este patrimonio protege a los hombres en dos direcciones: de los peligros de la naturaleza y el destino y de los perjuicios que ocasiona la propia sociedad humana (Freud, 1927:18).

Por otra parte, Jung expone una definición totalmente distinta. Es relevante explicar que este autor, psicólogo y psiquiatra, comienza siendo colega de nuestro exponente central, Freud. Luego al tener grandes diferencias en torno a las concepciones y conceptualizaciones del Psicoanálisis se distancian. Una de las distinciones teóricas que se aprecian y que conciernen al trabajo, es como los autores mencionados definen a tales creencias, Jung declara que la religión es:

La observación cuidadosa y escrupulosa de lo que Rudolph Otto llamó acertadamente el 'numinosum', es decir, un efecto o existencia dinámicos, no causados por un acto arbitrario de la voluntad. Por el contrario, se apodera del sujeto humano y lo dirige, convirtiéndolo más bien en su víctima que en su creador. (1950:31)

Según Fromm (1950), Jung define a la religión de la misma manera que explica al inconsciente, ya que habla del mismo como una potencia que se encuentra más allá de nuestro dominio y que afecta a nuestra mente. (Fromm, 1950). “Jung reduce la religión a un fenómeno psicológico, y al mismo tiempo eleva el inconsciente a un fenómeno religioso” (1950:34). Jung equipara las representaciones religiosas con el inconsciente, por lo tanto, se entiende que no controlamos la influencia ni los efectos de estas creencias.

Otro autor que brinda una definición de la Religión es Fromm, el cual presenta una postura intermedia entre los autores anteriormente mencionados. Plantea que:

Entiendo por religión cualquier sistema de pensamiento y acción compartido por un grupo, que dé al individuo una orientación y un objeto de devoción. El estudio del hombre nos permite reconocer que la necesidad de un sistema común de orientación y de un objeto de devoción está profundamente arraigado en las condiciones de la existencia humana. (1950:40)

Por lo tanto, expone que las creencias tienen que ver con una necesidad. El autor afirma que todos tenemos una necesidad religiosa, que refiere a tener una orientación y un objeto de devoción. Nadie está exento de ello, pero aclara que el hombre puede adorar distintos objetos como dinero, su patria, entre otros. (Fromm, 1950).

Fromm (1950) plantea que la religión puede conducir al desarrollo, a la destrucción, al amor, a la dominación o a la fraternidad; puede adelantar su capacidad de razón o paralizarla. Esto es así porque el autor expone dos clases de religiones que explican las consecuencias opuestas. Por un lado, dice que existe la clase de religión autoritaria, que se basa en la pena y la culpa, en la sumisión y dominación. Y por otro, la religión humanista, que tiene como centro al hombre y su fuerza donde el ser humano tiene el objetivo de desarrollar sus poderes de razón con el fin de comprenderse, y comprender su relación con los demás y su posición en el universo. Tiene que reconocer su capacidad de amor por los demás, y por sí mismo, y experimentar la solidaridad de todos los seres vivos. El fin de esta clase de religión es lograr la mayor fuerza, no la mayor impotencia; la virtud es la autorrealización, no la obediencia, en contraposición a la autoritaria (Fromm, 1950). En palabras del autor: “La cuestión no es religión o no religión, sino qué clase de religión, si es una que contribuye al desarrollo del hombre, de sus potencias específicamente humanas, o que las paralice” (1950:45)

Luego de este recorrido podemos apreciar las diversas formas, desde distintos autores de la Psicología y el Psicoanálisis, de concebir qué son las representaciones religiosas. Por un lado son vistas como mandatos, ilusiones, sistema de representaciones, por otro como algo de lo que no podemos escapar, y por último como una necesidad del ser humano.

b. *Constitución psíquica, producción de subjetividad. ¿Qué lugar ocupan las representaciones religiosas?*

Las creencias religiosas son un sistema de representaciones que involucran un aprendizaje o mandatos adquiridos, por ello es pertinente considerarlas desde el punto de vista de la producción de subjetividad y de la constitución psíquica. Para ello hacemos hincapié en que cada sujeto nace en un mundo discursivo, en una familia determinada, con valores precisos, creencias y mitos. Allí se inician las representaciones religiosas, y por lo tanto no son innatas, sino que se construyen a partir de esos discursos que van, a su vez, estructurando la psiquis del sujeto. Lo planteado puede apreciarse en el trabajo de Roxana Elizabeth Gaudio y Roxana Frisón, titulado *Discurso Mítico, Discurso Religioso: Construcción de un origen* donde se expone que:

El saber sobre el cuerpo es parte de una búsqueda que interroga al conjunto de los fenómenos del mundo. El discurso científico, el religioso, el mítico, tienen una misma meta: imponer su construcción del cuerpo y de la realidad. El sujeto extraerá de estos discursos cierto número de enunciados por los que ese saber teórico sobre el cuerpo, sobre la realidad, forma parte de su compromiso global. Compromiso que estará en condiciones de firmar en tanto cuente en su proceso identificatorio con los puntos de certeza que lo asignan a un sistema de parentesco y a un orden genealógico (2009:4).

Es decir, el sujeto se enfrenta a condiciones específicas al nacer en una familia y cultura que tienen valores, saberes y creencias definidas, que ese contexto singular le ofrece de los cuales se apropiará y posteriormente podrá

resignificar. La religión se edifica como un saber que se apropia de manera consciente o inconsciente a partir de los discursos que rodean al sujeto y que van estructurando su psiquismo. Por lo tanto, se puede considerar el acto de fe tanto voluntario como involuntario, a causa de que puede ser una elección tardía, o algo apropiado inconscientemente en su más temprana infancia.

Freud (1927) plantea algo similar al decir que al niño se le aportan las doctrinas religiosas en una época en donde ni le interesan ni tienen la capacidad para aprehenderlas conceptualmente, pero existen en su programa de pedagogía, lo llama “apresuramiento del influjo psicológico” y así, las van adquiriendo de manera involuntaria en el ámbito de la crianza.

Al llamarlas doctrinas se está refiriendo a ideas enseñadas como verdaderas, es decir irrefutables, dogmáticas sin posibilidad de cuestionamiento, y al no poder cuestionarlas en la temprana edad, cabe suponer que pueden afectar a nuestra subjetividad. Para enmarcar lo mencionado es necesario definir el concepto de *subjetividad*, para ello se tomará a Pichón Riveire.

El autor plantea que la subjetividad tiene origen a partir de lo social, es producida por el interaccionismo simbólico que se genera por relaciones vinculares en un determinado contexto socio histórico, portador de una cultura que produce lazos sociales y que a su vez es producida por los sujetos.

Va a exponer que la subjetividad se constituye por relaciones vinculares: “El sujeto no es solo un sujeto relacionado, es un sujeto producido. No hay nada en él que no sea la resultante de la interacción entre individuos, grupos y clases”. (1972:2) Es social, pero también es singular ya que aprehende esos mandatos sociales de manera particular, produciendo así su propia significación, generando singularidad. No se puede definir de manera ahistórica y universal a causa de que está en permanente construcción y depende del contexto en el que se produce.

La subjetividad se va constituyendo durante el proceso de socialización el cual consiste en la internalización de significaciones imaginarias sociales, las cuales actúan como organizadoras de sentido en el accionar, pensar y existir de las

personas de un momento socio histórico determinado (Castoriadis, 1989). Es decir que la subjetividad no es totalmente interna, sino que está abierta al exterior, por lo tanto, en permanente cambio.

En este sentido, resulta relevante explicitar la diferenciación que Silvia Bleichmar (2005) realiza entre la producción de subjetividad y la constitución psíquica. La autora las explica como procesos diferentes.

Por un lado expone que:

La producción de subjetividad no es un concepto psicoanalítico, es sociológico. La producción de subjetividad hace al modo en el cual las sociedades determinan las formas con la cual se constituyen sujetos plausibles de integrarse a sistemas que le otorgan un lugar. Es constituyente, es instituyente, diría Castoriadis. Quiere decir que la producción de subjetividad hace a un conjunto de elementos que van a producir un sujeto histórico, potable socialmente (2002:3).

Es decir que la misma tiene que ver con formas históricas, con modos particulares en el que las condiciones sociales, históricas, culturales, políticas y económicas, propias de cada espacio y tiempo, definen las significaciones imaginarias sociales.

Por otro lado, en cuanto al segundo proceso va a exponer que: “la producción de subjetividad no es todo el aparato psíquico. Es el lugar donde se articulan los enunciados sociales respecto al yo. El aparato psíquico implica ciertas reglas que exceden la producción de subjetividad, por ejemplo, la represión” (2002:2). Entonces, aquí estaríamos hablando de la constitución psíquica, la cual está determinada por procesos invariantes, por reglas que van más allá de las características sociales de cada época. Bleichmar (2005) entiende al psiquismo como un sistema abierto que se funda en el devenir del sujeto, donde se irán dando diferentes procesos psíquicos a partir de los que se organizará y se reorganizará el aparato psíquico. Pero a su vez este psiquismo responde a ciertos elementos invariantes como las leyes de funcionamiento del

inconsciente y la conciencia. Es decir, que el mismo sea un sistema abierto no implica que no haya nada que permanezca, sino que habrá una articulación entre cuestiones que se mantienen, que son invariantes, y otras que irán cambiando o complejizándose.

Por lo tanto, podemos considerar que las creencias religiosas forman parte tanto del proceso de producción de subjetividad, a causa de que están instaladas en la sociedad a lo largo de los años, imponiendo un sistema de conductas y normas que proclaman lo que está bien o mal, hablamos de afirmaciones cristalizadas en instituciones, en valores familiares, que tienen que ver con las identificaciones del sujeto, etc. A su vez, las creencias religiosas pueden contribuir a la constitución del psiquismo, ya que es posible que motoricen el mecanismo de represión, favorezcan los diques anímicos, conformen el ideal del yo, y formen parte del contenido de la conciencia moral; así como también, pueden agudizar el sentimiento de culpa.

c. Origen mítico de las representaciones religiosas desde Freud

Para delimitar los orígenes de las creencias religiosas resulta práctico concebirlo desde dos puntos, un primer punto tiene que ver con partir desde la cultura y el segundo está relacionado con el orden de lo constitucional del psiquismo, ambos van de la mano ya que uno no existe sin el otro.

Para abordar el primero, partiremos del Malestar en la Cultura (1930) donde Freud explicita que la cultura:

Designa toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres (1930:88).

Por lo tanto, al servir como protección y regulación por un lado, no solo implica sacrificios relacionados con la sexualidad, sino que también nos protege de la inclinación agresiva, es decir, nos es funcional. Es decir, las creencias religiosas provienen de la cultura y la cultura proviene de las personas que la producen y a su vez son producidas por ella. Esto se explica también en el Porvenir de una ilusión donde el autor expone que las mencionadas creencias merecen fe porque ya nuestros antepasados creyeron en ellas; también porque poseemos pruebas que justamente nos son transmitidas desde esa época antigua, y, resulta prohibido cuestionar tales dogmas (Freud, 1927).

En Tótem y Tabú (1913) el padre del Psicoanálisis plantea al totemismo como un sistema tanto religioso como social que está enajenado a la actualidad a causa de que hoy en día es sustituido por formas nuevas. Freud toma al Totemismo como el precursor de todas las creencias religiosas.

El Totemismo es una organización social ya que promulga obligaciones, restricciones y rigurosas observaciones que son acatadas por la mayoría y el que no las cumple es castigado. Pero también, genera lazos sólidos y duraderos, los miembros del clan son concebidos como hermanos y deben protegerse y ayudarse mutuamente, es decir, los lazos totémicos son más fuertes que los familiares. Es tomado como la forma más primitiva, más básica de organización social y del funcionamiento de la humanidad. A su vez, para el autor es un sistema religioso, porque da cuenta del respeto y la protección y la devoción a las figuras totémicas, siendo tomadas como los seres más poderosos, los cuales requieren veneración, fervor y piedad. Se proclama la realización de sacrificios tanto colectivos, como individuales, para dar cumplimiento a los mandamientos que el sistema enuncia.

Entonces si decimos que los cimientos de las religiones modernas se encuentran en la cultura, y que a su vez el inicio de la cultura y la religión se sirven del Totemismo, la pregunta ahora va a ir al nacimiento de este primer sistema social y religioso. Freud se encarga de explicarlo a partir de crear el relato de la horda primordial. Lo hace fundando un mito inspirado en la teoría Darwiniana, donde también enlaza el desvalimiento inherente del ser humano y la añoranza del padre, a causa de que como desarrollaremos, para dicho autor

la cultura inicia a partir asesinato del padre primordial que concluye en la fundación del totemismo.

El mito de la hora primitiva explica que los hermanos pertenecientes al clan primordial fueron expulsados, se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así intentaron poner cierto “fin” a la horda paterna. El padre primordial era temido y envidiado por los hermanos a causa de que reservaba para sí a todas las mujeres del clan y expulsaba a los hijos al crecer. Por ello deciden matarlo. Freud (1913) concibe el acto de matarlo como el acto fundacional de la humanidad al poner fin a la existencia de la horda paterna.

Pero ese padre además de ser temido, odiado y envidiado era admirado y amado. Tenían un sentimiento ambivalente con él. En el acto de la ingesta luego del asesinato se produjo la identificación al padre y así “se abrieron paso las mociones tiernas avasalladas” (1913:145). Es decir, apareció el arrepentimiento y con ello nació la conciencia de culpa que coincidía con él. “El muerto se volvió aún más fuerte de lo que fuera en vida” (1913:145). Lo que anteriormente había impedido el padre, los hermanos mismos se lo prohibieron ahora ya habiéndolo asesinado, en la situación psíquica de la «obediencia de efecto retardado [nachtraglich]». Renunciaron a mantener relaciones con las mujeres que ahora eran “permitidas” y prohibieron el asesinato de cualquier sustituto del tótem (representante del padre). Y así, los hermanos mediante esta identificación y este arrepentimiento dieron origen los dos tabúes fundamentales del totemismo, a causa de que consensuaron que ninguno podía tomar el lugar del padre, ya no existían relaciones verticales con el tótem, sino que eran todas horizontales, por ello para “preservar el orden social”.

Freud llama a las creencias analizadas como “necesidades religiosas” a causa de que derivan del desvalimiento infantil y de la añoranza al padre, esa añoranza es conservada por largo tiempo para preservarnos ante la angustia que nos genera hiperpoderes del destino (Freud, 1930). Se puede explicar entonces el origen de la religión a partir de una necesidad del hombre de sentirse protegido frente a la incertidumbre, al desasosiego que le genera el porvenir.

El autor va a exponer que la Religión es uno de los intentos del humano de crear un seguro de dicha y protección contra el sufrimiento por medio de una transformación delirante de la realidad. Es la única que da respuesta a todos los enigmas del mundo, incluso al del fin de la vida; y además de apaciguar la incertidumbre, asegura al humano que una cuidadosa providencia que vela por su vida y resarce todas las frustraciones padecidas. (Freud, 1930).

Es decir que las creencias religiosas son un calmante más que crea y a su vez utiliza el ser humano para protegerse de los peligros o vasallajes, tales como las amenazas naturales del mundo exterior, el deterioro del cuerpo propio y los vínculos con otros seres humanos, que sí son constitucionales a causa de vivir en cultura y a causa del desvalimiento humano. (Freud, 1930)

La misma no solo preserva a los hombres de dichos peligros, sino que crea una respuesta para el apetito de saber de los mismos, lo hace a partir de humanizar la naturaleza. De este modo, el hombre convierte a las fuerzas naturales en dioses, confiriéndoles un carácter paterno que obedece a un arquetipo infantil y filogenético (Freud, 1927). Como fue mencionado anteriormente, el hombre es desvalido y dependiente desde el primer momento, por ello existe una añoranza al padre, para su seguridad ante la incertidumbre que es taponada por la religión. Es decir, dotamos de sentido humano a la naturaleza, antropomorfizamos las fuerzas naturales convirtiéndolas en fuerzas religiosa, por ello mismo, responden a un arquetipo infantil que garantiza protección, permitiendo dotar de sentido a lo sin sentido, a lo imposible

Para concluir lo que tiene que ver con el origen de las religiones es interesante citar a Freud, él va a expresar que:

El psicoanálisis nos ha enseñado, en efecto, que cada hombre posee en su actividad mental inconsciente un aparato que le permite interpretar las reacciones de otros hombres, vale decir, enderezar las desfiguraciones que el otro ha emprendido en la expresión de sus mociones de sentimiento. Por ese camino del entendimiento inconsciente, todas las costumbres, ceremonias y estatutos que había dejado como secuela las originarias relaciones con el

padre primordial permitieron tal vez que las generaciones posteriores recibieran aquella herencia de los sentimientos. (1913:160)

Es decir que tanto el aspecto cultural como el constitucional están íntimamente relacionados, sin uno no existe el otro. Para Freud, sin la existencia de la necesidad constitucional de las creencias religiosas, propia de algunas personas, no se hubiera creado el primer sistema social y religioso como fue el Totemismo, y sin ese sistema, quizás no existiría la religión tal como la conocemos hoy en día.

El sistema Totemista era, por así decir, un contrato con el padre, en el cual este último prometía todo cuanto la fantasía infantil tiene derecho a esperar de él: amparo, providencia e indulgencia, a cambio de lo cual uno se obligaba a honrar su vida, esto es, no repetir en él aquella hazaña en virtud de la cual había perecido {se había ido al fundamento) el padre verdadero (1913:145)

Así fue como el Totemismo fue el precursor de las religiones, el tótem que encarnaba al padre primordial, que era representado por animales sacrificados, fue reemplazado por un dios omnipotente o varios dioses y los tabúes en muchos de los casos fueron sustituidos por los mandamientos, que quien los infringe en vez de ser sacrificado realiza un “pecado”. De hecho, se puede observar cómo hasta hoy en día se sigue realizando la conmemoración de la comunión, que justamente consiste en la repetición del crimen primordial, una nueva eliminación del padre, se aprecia “el efecto continuado de aquel crimen que tanto agobió a los hombres y del cual, empero, no podían menos que estar tan orgullosos” (1913:155).

Para concluir este apartado, es de gran relevancia mencionar y entender que actualmente se aprecian actos casi análogos a los del mito del asesinato del padre primordial, siendo considerados “formas sustitutivas” de los de ese entonces. Es interesante recuperar lo que Freud expone en Tótem y Tabú:

Un proceso como la eliminación del padre primordial por la banda de hermanos no podía menos que dejar huellas imperecederas en la historia de la humanidad y procurarse expresión en formaciones sustitutivas tanto más numerosas cuanto menos estaba destinado a ser recordado él mismo. (1913:156)

El autor habla de modos semejantes a los del Sistema Totemista en su actualidad. Lo que nos concierne de manera fundamental a nosotros, es que hoy en día, en nuestro presente, más de cien años después de que Freud habló de su coyuntura, se siguen observando estas formas, modos y perdura la reproducción de esos mandatos.

d. Críticas de Freud a las representaciones religiosas.

Freud se ha ocupado de manera exhaustiva del tema escogido en varios de sus escritos. Hay que darle un gran reconocimiento al padre del Psicoanálisis por haberse animado a conceptualizar y teorizar en torno a la religión, ya que en ese entonces, era revolucionario y polémico hacerlo a causa de que, como él mismo lo menciona, se edificaba sobre argumentos irrefutables y la iglesia poseía un gran poder e influencia en su actualidad. Pero, a pesar de ello, siempre mantuvo una postura crítica ante las creencias religiosas.

Para explayar dichas críticas, partiremos de que el mencionado autor va a formular a la religión como una cosmovisión (Freud, 1927), es decir, como una manera de ver o interpretar el mundo. Lo expuesto se relaciona con la concepción de delirio. Cuando hablamos de delirio, referimos a que la capacidad de interpretación de alguien se encuentra falseada, es decir existe una afección en la misma y por ello aparecen ideas erróneas que se presentan como una certeza.

Lo aludido tiene que ver con el planteo que hace Freud respecto a que la religión es uno de los intentos del humano de crear un seguro de dicha y protección contra el sufrimiento por medio de una transformación delirante de la

realidad, ya que estas creencias, son doctrinas, se encuentran desfiguradas y “sistemáticamente disfrazadas” (1927:44), son ideas rígidas, de carácter compulsivo, intolerantes e incuestionables, por lo tanto se niega utilizar la lógica del pensamiento para ponerlas en cuestión. Así el sujeto se extraña del mundo real para escapar de los peligros inherentes a vivir en él, es decir, la realidad aparece como único enemigo y se busca romper todo vínculo con ella para reemplazarla y sustituirla por otra.

También el padre del Psicoanálisis las define como ilusiones, exponiendo que las mismas se basan en el cumplimiento de los deseos más antiguos de la humanidad y que ese es el secreto de su potencia, la fuerza de estos deseos de protección ante el desamparo. (Freud, 1927)

Freud explica que la religión nos impone a todos por igual su camino único para alcanzar la felicidad y evitar el sufrimiento, su técnica es reducir el valor de la vida y deformar delirantemente la imagen del mundo real, imponiendo por fuerza la fijación a un infantilismo psíquico y hace participar de un delirio colectivo (Fred, 1930). Aquí se pueden apreciar las tres críticas más fuertes que realiza el mencionado autor: la religión como un delirio, generadora de distanciamiento del mundo real, como infantil y provocadora de un “amedrentamiento de la inteligencia”. Al llamarlas “ilusiones” a estas creencias Freud da a entender que las mismas responden a lo pulsional y no a lo intelectual, por eso mismo él propone a la ciencia para el conocimiento del mundo exterior. Los creyentes, según este autor, no son guiados por la inteligencia, entonces, a causa de que están gobernados por sus pasiones y exigencias pulsionales (Freud, 1927).

Las tres críticas están íntimamente relacionadas. Las creencias son infantiles a causa de que justamente responden al desvalimiento inherente al ser humano, a la necesidad de protección total de otro, de la que luego, al crecer debería despegarse. Los seres humanos se refugian de manera irracional a las religiones con tal de no enfrentarse a la incertidumbre del porvenir. Pero quedarse inmerso en estas creencias genera que no se pueda salir al mundo real, viviendo en un mundo de fantasía (Freud, 1927)

e. Las representaciones religiosas a la luz de la segunda tópica Freudiana.

Para analizar el acto de tener fe desde una perspectiva metapsicológica resulta importante precisarla. Freud refiere a ella en su escrito *Lo inconsciente* explicitando que: “Propongo que cuando consigamos describir un proceso psíquico en sus aspectos dinámicos, tópicos y económicos eso se llame una exposición metapsicológica” (1915:178)

Entonces, es relevante mencionar que para el autor la metapsicología tiene que ver con tres dimensiones, lo tópico, lo económico y lo dinámico. La primera alude a que la demarcación de las fronteras y el lugar de las distintas instancias psíquicas que conforman el aparato, no responden a una diferenciación anatómica o cercable físicamente. La segunda refiere a las cantidades de energía del aparato psíquico, relacionadas con el principio de placer o displacer, esta energía circula y puede condensarse, desplazarse, fijarse. Y la última tiene que ver con el conflicto entre instancias, el mismo es dinámico y responde a fuerzas opuestas que representan intereses contrapuestos.

Dentro de este recorte, analizaremos las creencias religiosas desde la metapsicología Freudiana, las pensaremos desde ese marco para lograr delimitar las posibles funciones cumplen dichas creencias en el psiquismo. Para ello se tendrá en cuenta qué papel cumplen estas representaciones en las masas, qué relación guardan con la represión y el conflicto psíquico entre instancias, etc. Es importante aclarar que el autor no explicitó qué lugar ocupan las representaciones religiosas en su metapsicología o en su aparato psíquico, no realizó esta relación de manera explícita.

En este marco, es significativo entonces, explicar cómo se entiende la tópica freudiana, tomando al psicoanalista Laplanche:

Teoría o punto de vista que supone una diferenciación del aparato psíquico en cierto número de sistemas dotados de características o funciones diferentes y dispuestos en un determinado orden entre sí, lo que permite

considerarlos metafóricamente como lugares psíquicos de los que es posible dar una representación espacial figurada. Corrientemente se habla de dos tópicos freudianos, la primera en la que se establece una distinción fundamental entre inconsciente, preconscious y consciente, y la segunda que distingue tres instancias: el ello, el yo, el superyó. (1996:430)

Comenzaremos explicitando que nos basamos en el modelo de aparato psíquico establecido por Freud en la segunda tópica. Para dar una aproximación y seguir con nuestro desarrollo, explicaremos brevemente los distintos sistemas o instancias que componen al aparato según dicho desarrollo teórico.

Por un lado, el aparato psíquico se encuentra conformado por el ello, que es la sede de pulsiones, tanto de vida como de muerte. Para el autor, cuando nacemos somos puro ello, en un primer momento, esta instancia representa a las pulsiones descontroladas, luego las pulsiones se organizan, se subordinan, aunque nunca totalmente. Es una instancia amoral constituida por lo inconsciente, que no solo es lo reprimido, también incluye a la Pulsión de Muerte, que el autor sostiene como ese inconsciente no reprimido, que se manifiesta en la compulsión de repetición. Esta instancia es caracterizada como “lo otro psíquico en lo que el yo se continua” (1923:25).

En este sentido, el yo es la instancia definida como la parte alterada del ello por el mundo exterior. Es el sector organizado del ello, donde se reemplaza el principio de placer por el principio de realidad.

El yo está formado y surge por identificaciones que parten de elecciones objeto resignadas, es el depósito de investiduras libidinales que parten del ello. Esta instancia, intenta satisfacer las pulsiones sin violar el principio de realidad. Tiene diversas funciones y pone en marcha distintos procesos como vincularse con el Preconscious, organizar los procesos de motilidad, de percepción, intentar conformar una unidad, un “yo cuerpo”, por él se ponen en marcha las defensas y actúa como mediador y conciliador frente al ello, al mundo exterior y al superyó y por eso también entra en contradicción. Es una instancia con potencia e impotencia a la vez, Freud le atribuye cierta fortaleza, a causa de

todas las funciones y accesos mencionadas anteriormente y, cierta debilidad, ya que “se encuentra en una relación de dependencia, tanto respecto a las reivindicaciones del ello como a los imperativos del superyó y a las exigencias de la realidad” (1996:457), por ello, su autonomía no es pura, sino que es relativa.

Y, por último, el superyó, que es la instancia que más se vincula con la temática en desarrollo. La misma refiere a la instancia que con severidad ejerce censura, prohibición y renuncia al yo. “Encarna una ley y prohíbe su transgresión” (1996:420). Esta instancia es heredera del complejo de Edipo, del vínculo con los padres que son objetos de sentimientos ambivalentes, con componentes eróticos y hostiles. El yo reprime el complejo de Edipo y, cuando esto sucede, se introyectan las pulsiones agresivas de los sentimientos ambivalentes hacia los padres dando origen al superyó, que de alguna manera actúa al inicio como la voz de los progenitores interiorizada. Para delimitar su función resulta relevante citar a Laplanche:

Su función es comparable a la de un juez o censor con respecto al yo. Freud considera la conciencia moral, la autoobservación, la formación de ideales, como funciones del superyó. Clásicamente el superyó se define como el heredero del complejo de Edipo; se forma por interiorización de las exigencias y prohibiciones parentales. (1996:419)

El superyó también se sirve de la tendencia hostil y agresiva de la naturaleza del ser humano que se volcaría al mundo exterior, pero, al ser regulada por la cultura, es introyectada, interiorizada, reenviada al punto de partida, su propio yo. Así es recogida por una parte del yo que se contrapone al resto como superyó. A partir de que existe esta instancia, se interioriza la autoridad y nace la Conciencia de Culpa, que responde a la tensión entre el superyó, que se exterioriza como necesidad de castigo. (Freud, 1923)

Como plantea Freud, el sentimiento de culpa tiene dos grados de desarrollo, en primer lugar, consiste pensarla desde nuestra condición de desvalimiento y

dependencia a otros, la primera aproximación a dicha consciencia surge con la angustia que se genera frente al miedo de la pérdida del amor, si pierde el amor del otro, de quien depende, queda desprotegida frente a diversas clases de peligro, por ello se respeta a la autoridad. En este primer grado aún no hay aún consciencia moral, sólo hay miedo a la autoridad. Se renuncia a lo pulsional por amor a los otros. (Freud, 1929)

Pero, el segundo grado de desarrollo está dado por la instauración de la autoridad interna, la renuncia por la angustia frente a la autoridad es interiorizada y allí aparece el superyó, y es donde corresponde hablar de consciencia moral y sentimiento de culpa. Al estar en nuestro interior ya nada puede ocultarse, ni los pensamientos. El superyó pena al yo pecador con los mismos sentimientos de angustia. El superyó pasa a ser el sustituto de la instancia parental. La renuncia de lo pulsional, a causa de la castración, crea la consciencia moral que reclama más y más renunciaciones. Por lo tanto, el sentimiento de culpa desciende del Complejo de Edipo.

Otra estructura del psiquismo es el ideal del yo, es una función del superyó junto a la consciencia moral, es decir que se encuentra en el interior del yo, pero conserva una distancia con él, es decir, el yo actual se encuentra alejado del ideal del yo, es indispensable que esa lejanía exista. Es definida como “instancia de la personalidad que resulta de la convergencia del narcisismo (idealización del yo) y de las identificaciones con los padres, con sus substitutos y con los ideales colectivos. Como instancia diferenciada, el ideal del yo constituye un modelo al que el sujeto intenta adecuarse” (1996:180)

Cuando el objeto amado es puesto en el ideal, es ubicado en una instancia que supone que tiene todo aquello a lo que el yo aspira, lo necesita para estar completo, para volver a aquella perfección que había tenido en algún momento. El estado de completud que se busca se denomina yo ideal, hace referencia a aquel yo entero, completo, sin fallas que se supone en el pasado, que uno cree haber sido en los primeros tiempos. Alude a una unidad perfecta que uno nunca termina de ser, pero aparece como aquello que ya fue. Por ello el ideal son aquellas estrategias para recuperar el yo potente que todo lo podía, son rasgos, marcas que funcionan como orientadoras del deseo, son esas series

de características que tenemos que lograr para recuperar la satisfacción narcisista del estado perdido, desde la teoría Freudiana se supone que si se consiguieran, se volvería a estar completo.

En el presente trabajo, lo que nos concierne es cómo las creencias y mandatos religiosos se vinculan con todas las instancias mencionadas. Podemos afirmar que las representaciones religiosas forman parte del superyó ya que regulan los vínculos, plantean un sistema de normativas, esas normativas se interiorizan y como se mencionó anteriormente, se aprehenden desde la temprana infancia de manera inconsciente, asemejándose con la voz interiorizada. Pero en el caso de las creencias es un “Dios” un padre todo poderoso que todo lo ve, del cual no se puede escapar y quien castiga si el sujeto creyente incumple las leyes que proclama. Y, a su vez, los mandatos religiosos son vehiculizados por la voz de las personas cercanas a la crianza del niño.

En cuanto al vínculo de las representaciones religiosas con el ideal del yo. Podemos sostener que intervienen al delimitar una forma de ser, de cómo actuar, al designar un prototipo, un modelo de hombre al que se tiene que llegar a ser, y a su vez, al idealizar y dotarle devoción incondicional al “padre” de las creencias en cuestión. Y afectan al ello ya que al actuar desde el superyó podrían colaborar a que el yo ponga en marcha el mecanismo de represión de las pulsiones no aceptadas por las creencias religiosas. Entonces también se aprecia como el yo tiene que lidiar con dichas creencias, para lograr de alguna manera seguir las sin trastabillar, poniendo en marcha mecanismos para que esto no suceda.

f. *Papel del superyó y el ideal del yo en torno a las creencias religiosas.*

El ideal del yo es una instancia de gran importancia para el desarrollo del presente trabajo, por eso es necesario delimitar su origen. Este concepto comienza a desarrollarse en “Introducción al narcisismo” donde se explicita que las personas erigen en el interior de sí “un ideal por el cual mide su yo actual

(...) La formación de ideal sería, de parte del yo, la condición de la represión” (Freud, 1914:90). Es decir que tomando a Freud, la represión del Complejo de Edipo es condición necesaria para la formación del ideal del yo. La represión es otro de los conceptos desarrollados por el padre del Psicoanálisis. En el diccionario de Psicoanálisis de Laplanche, psicólogo postfreudiano, la delimita como:

Operación por medio de la cual el sujeto intenta rechazar o mantener en el inconsciente representaciones (pensamientos, imágenes, recuerdos) ligados a una pulsión. Se produce en aquellos casos en que la satisfacción de una pulsión (susceptible de procurar por sí misma placer) ofrecería el peligro de provocar displacer en virtud de otras exigencias (1996:375).

También es concebida por Freud como el prototipo de otras operaciones defensivas, es decir como una de las técnicas de las que se sirve el yo para resolver sus conflictos, y que pueden conducir a la neurosis.

Siguiendo con el Ideal, al perder el estado del yo ideal el hombre no quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia y, como mencionamos anteriormente, procura recobrar ese estado de completud mediante la llegada al ideal del yo (Freud, 1914). "Lo que él proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal" (1914:91). La distancia con el ideal entonces, es controlada por la conciencia moral, que vela por el aseguramiento de la satisfacción narcisista proveniente del ideal del yo, y con ese propósito observa de manera continua al yo actual midiéndolo con el ideal.

Resulta relevante citar la siguiente frase para explicar el carácter colectivo y social del ideal del yo:

La incitación para formar el ideal del yo, cuya tutela se confía a la conciencia moral, partió en efecto de la influencia crítica de los padres, ahora agenciada por las voces, y a la que en el curso del tiempo se sumaron los educadores,

los maestros y, como enjambre indeterminado e inabarcable, todas las otras personas del medio (los prójimos, la opinión pública (1914:92).

Entonces, se entiende que esta instancia tiene un componente social, colectivo, es decir que está compuesto de representaciones sociales, como mandatos, valores, normas, o, en términos de Castoriadis, significaciones imaginarias sociales. Retomando a Freud (1914), las representaciones sociales mencionadas, en algunos sujetos, podrían apreciarse como normativas religiosas, que pueden aprehenderse de manera involuntaria, inconscientes o, de manera consciente.

El mencionado autor explica que en la infancia, mediante la influencia ajena de los padres, se determina y comienza a diferenciarse lo bueno y lo malo, el desvalimiento y dependencia inherente al niño, hacen que el mismo acate las normas establecidas por esos "otros" por miedo a la pérdida de amor, si no sucede, se genera el sentimiento de culpa y así la necesidad de castigo que luego se interioriza.

Del mecanismo de represión va a depender cuan afectado se verá el yo frente al ideal del yo o al superyó. El yo histérico se defiende de la percepción penosa que amenaza la puesta en marcha de críticas de su superyó mediante la represión, por lo tanto, el sentimiento de culpa permanece inconsciente. Freud explicita: "Sabemos que el yo suele emprender las represiones al servicio y por encargo de su superyó; pero he aquí un caso en que se vale de esa misma arma contra su severo amo" (1923:52).

Pero por otro lado están las neurosis obsesivas graves, donde, la conducta del ideal del yo decide la severidad, como en la melancolía, el sentimiento de culpa es consciente e hipertenso; "el ideal del yo muestra en ellas una particular severidad, y se abate sobre el yo con una furia cruel" (1923:51). En algunas de las neurosis obsesivas, dice Freud, el sentimiento de culpa es hiperexpreso, pero no puede justificarse ante el yo, esto se debe a que los impulsos reprimidos que son el fundamento del sentimiento de culpa. "En este caso, el superyó ha sabido más que el yo acerca del ello inconsciente" (1923:52). Y en

la melancolía, el sentimiento de culpa es aún más fuerte, y sin velo, el yo se confiesa culpable de todos los males del mundo y se somete al castigo. Esto es así a causa de que en el obsesivo las mociones permanecían fuera del yo y en la melancolía el objeto, a quien se dirige la cólera del superyó, ha sido acogido en el yo por identificación.

Siguiendo esta línea, Freud (1930) descubre que las personas más virtuosas, más metódicas, suelen presentar neurosis obsesivas graves y podrían acercarse más a la santidad, es decir a las creencias religiosas, y en ellas, la conciencia moral se comporta con severidad y desconfianza, son los que más acerbamente se reprochan su condición pecaminosa.

Se dirá que una conciencia moral más severa y vigilante es el rasgo característico del hombre virtuoso, y que si los santos se proclaman pecadores no lo harían sin razón, considerando las tentaciones de satisfacción pulsional a que están expuestos en medida particularmente elevada, puesto que, como bien se sabe, una denegación continuada tiene por efecto aumentar las tentaciones, que, cuando se las satisface de tiempo en tiempo, ceden al menos provisionalmente. (1930:121)

Entonces, cuanto más restricciones acate la persona, aumentaran las tentaciones y así el sentimiento de culpa por pensamientos “pecaminosos” a causa de que el Superyó es la instancia que todo lo mira, de la cual no se puede escapar.

Otro aspecto que al neurótico obsesivo le genera sentimiento de culpa, es la frustración exterior, cuando no se logra llegar a los mandatos del Ideal o terminar los objetivos que se propone (Freud, 1930). Por ello podría pensarse que cuando se tienen pensamientos pecaminosos, aumentan las exigencias de su conciencia moral, se impone abstinencias y se castiga mediante penitencia. Aquí se aprecia el superyó como sustituto de la instancia parental; si lo que se mencionó anteriormente sucede, para el obsesivo significará que ya no se es amado por esos poderes supremos y que será castigado. Bajo la amenaza de

esta pérdida de amor, se exige más y más castigo, y el sentimiento de culpa se muestra consciente e hiperintenso (Freud, 1930).

A su vez, Freud (1906) encuentra semejanzas y diferencias entre el ceremonial que realiza el neurótico obsesivo y las prácticas religiosas. La similitud se basa en la angustia de la conciencia moral a raíz de omisiones de acciones, así como en la escrupulosidad con que se ejecutan los detalles (Freud, 1906).

Y se diferencian en que las acciones del neurótico obsesivo son en su mayoría individuales, desiguales a las prácticas religiosas donde se observa la estereotipia del rito. Pero la principal disimilitud entre ambos la plantea el mencionado autor exponiendo que:

Los pequeños agregados del ceremonial religioso se entienden plenos de sentido y simbólicamente, mientras que los del neurótico aparecen necios y carentes de sentido. Aquí la neurosis obsesiva ofrece una caricatura a medias cómica, a medias triste, de religión privada. Empero, justo esta diferencia, la más tajante, entre ceremonial neurótico y religioso se elimina si con ayuda de la técnica psicoanalítica de indagación uno penetra las acciones obsesivas hasta entenderlas (1906:103).

Entonces, las acciones obsesivas son pasibles de análisis, en donde puede rastrearse y encontrarse su causación, ya que responden a una conciencia inconsciente de culpa. Dicha conciencia tiene su origen en diversos procesos anímicos tempranos, pero se enfatiza con tentaciones ocasionales recientes, que generan angustia de expectativa al acecho, anudada a la necesidad de castigo. Frente a ello aparece el ceremonial que comienza como una acción de defensa, como una medida protectora (Freud, 1906).

A la conciencia de culpa del neurótico obsesivo corresponde la solemne declaración de los fieles: ellos sabrían que en su corazón son unos malignos pecadores; y las prácticas piadosas (rezo, invocaciones, etc.) con que introducen cualquier actividad del día y, sobre todo, cualquier empresa

extraordinaria parecen tener el valor de unas medidas de defensa y protección (1906:106)

Es decir, los ritos de las religiones también parecen tener por base la sofocación de ciertas mociones pulsionales, pero, la diferencia es que no se trata solo de componentes sexuales, sino que también de pulsiones egoístas, perjudiciales para la sociedad.

Freud termina concluyendo que “uno podría atreverse a concebir la neurosis obsesiva como un correspondiente patológico de la formación de la religión, calificando a la neurosis como una religiosidad individual, y a la religión, como una neurosis obsesiva universal” (1906:109).

Por lo tanto, podemos sostener que algunas de las personas que se aferran a sus creencias religiosas, podrían compartir las características que describe Freud en torno a las personas que padecen de la exigencia desmedida del superyó a pesar de cumplir con el ideal, ya que intentan cumplir con esas normas y conductas. El mencionado autor ejemplifica ello tomando como modelo a los virtuosos o cumplidores, quienes podrían no obtener resarcimiento a cambio, ni eliminar el sentimiento de culpa.

Esto puede sostenerse siempre y cuando se encuentren en estos casos el sentimiento de culpa y la necesidad de castigo, aspectos que dan cuenta de la exigencia desmedida del superyó. A su vez la religión permite generar culpa a partir de sus mandamientos. Freud articula el origen de la culpa a partir del asesinato del padre primordial, que se produjo de manera compartida.

Es relevante hacer hincapié en que las representaciones religiosas, en tanto conjunto de normas y mandatos formarían tópicamente parte del superyó, lo que implica que estén involucradas en su función paradójica: la satisfacción en la renuncia y el castigo.

g. Culpa, pecado y superyó: Algunas relaciones posibles.

Como ya se mencionó anteriormente, el superyó es la instancia que con severidad ejerce censura, prohibición y renuncia. Y así, se genera sentimiento de culpa, mediante el control que ejerce interviniendo como Conciencia moral. Pero, Freud descubre que existe cierto grado de placer en ese sufrimiento que genera la exigencia a la renuncia, un placer paradójico, enmarcado como un más allá del principio de placer (Freud, 1921). Lo explica a partir de la existencia de la pulsión de muerte, que alude a una:

Pulsión destructora que querría llevar al sujeto hacia el estado inorgánico, a la que la libido intentaría neutralizar. La parte de la pulsión que no es desviada hacia afuera, queda en el interior del organismo, que al ser ligada libidinosamente da cuenta del masoquismo en tanto toma como objeto al propio ser. (2019:159)

Nos resulta relevante el concepto de pulsión planteado para analizar el pecado y el posterior castigo que implica cometerlo. Pecar significa haber desobedecido a poderosas autoridades, las divinas, que castigaran al pecador (Fromm, 1950). Pero ese castigo, no sólo viene del exterior, sino que viene aparejado con el sentimiento de culpa por haberlo realizado, con la conciencia moral y con ese placer paradójico, masoquista.

Lo que le sigue a cometer el pecado es el propio sentimiento de culpa, y, por ello, el pecador se pone a merced de la autoridad y espera ser perdonado, en un estado de sumisión pura: “queda debilitado moralmente, lleno de odio y de asco hacia sí mismo, y por lo tanto inclinado a pecar de nuevo cuando ha terminado su orgía de autoflagelación” (Fromm, 1950:117).

Freud formula: “Mientras más un ser humano sujete su agresión, tanto más aumentará la inclinación de su ideal a agredir a su yo” (1923:55). Siguiendo estos postulados podríamos sostener que las personas devotas a las creencias religiosas, sujetan la agresión inherente, constitucional al ser humano según los planteos freudianos, a causa de que los mandamientos que proclaman dichas religiones son severos y estrictos, al vivir restringiendo su agresión, la misma

retorna al superyó volviéndose más severo, con un ideal más estricto y duro en comparación a las personas que no se restringen continuamente. Lo que gobierna en el superyó si esto sucede, es un cultivo puro de pulsión de muerte (Freud, 1923). Y así, como explicita Fromm “Cuanto más perfecto se hace Dios, más imperfecto se convierte el hombre” (1950:72).

Es relevante tomar la cita siguiente cita de Fromm, de su libro Psicoanálisis y Religión (1950), para explicar cómo, según el autor, se siente el pecador y lo que se genera después:

Así, la tentativa de obtener el perdón, produce una activación de la actitud, de donde nacen sus pecados. Se ve apresado en un penoso dilema. Cuanto más alaba a Dios, queda más vacío. Cuanto más vacío queda, más pecador sé siente. Cuanto más pecador se siente, más alaba a Dios, y es menos capaz de recobrase. (1950:72)

Se aprecia como el creyente que cometió un error, entra en un círculo vicioso que termina en masoquismo, y en un tipo particular, el moral. El masoquismo moral nos permite pensar la relación entre el superyó y la pulsión de muerte. La culpa que genera la exigencia superyoica se erige como puente entre en yo, el superyó y la pulsión de muerte, lo cual se cristaliza en la necesidad de castigo. El masoquismo del yo y el sadismo del superyó pueden unirse en pos de un mismo fin, de lo que se trata en el primero es del castigo y el padecimiento independientemente de las fuentes de los mismos. Es necesario realizar la salvedad de que mientras que la hipermoral del superyó puede devenir consciente, la necesidad de castigo del yo sólo es accesible a partir de sus efectos. (Pérez, 2019)

Es importante resaltar que no sólo sucede lo mencionado cuando se comete un acto pecador, sino que cuando hablamos de sentimiento de culpa o necesidad de castigo, referimos también a pensamientos que no llegan ponerse en práctica, por lo tanto, es imposible escapar de los mismos.

h. Estructura de la masa, ideal del yo y religión

En este apartado caracterizaremos la dimensión colectiva de las creencias religiosas desde las masas. Freud explica a las creencias religiosas como un delirio de masas, en las cuales los individuos pierden la conciencia de sus actos, obturando lo singular, el deseo, y el rendimiento intelectual. Entendiendo así que las personas devotas a estas creencias consolidan una masa, definida por Freud como “una multitud de individuos que han puesto un objeto, uno y el mismo, en el lugar de su ideal del yo, a consecuencia de lo cual se han identificado entre sí en su yo” (1921:109). Por lo tanto, en dichas masas se genera la idealización de un objeto y la identificación entre individuos, y a consecuencia de ello, el falseamiento del juicio de sus miembros. Se homogeniza así la singularidad de cada uno, acrecentándose extraordinariamente la afectividad y notándose una disminución del rendimiento intelectual. (Freud, 1921).

El mencionado autor plantea que las masas son indolentes y faltas de inteligencia. Dentro de ellas el individuo pierde la conciencia de sus actos, desaparecen las inhibiciones y se libra la satisfacción pulsional (Freud, 1921). “En la actividad anímica de la masa el examen de realidad retrocede frente a la intensidad de las mociones de deseo afectivamente investidas” (1921:72) explica Freud, notándose como las creencias religiosas vuelven a presentarse como ilusiones.

Toda masa necesita un conductor para edificarse, el mismo tiene que estar dotado de ciertas características, estar fascinado por una creencia y poseer una voluntad poderosa que la masa le acepta sin voluntad (Freud, 1921). Este jefe es mantenido mediante la ilusión de que ama a todos los individuos de la masa por igual, pero esta exigencia de igualdad sólo vale para los individuos que la forman, no para el conductor y eso es lo que hace que la masa sea tan fuerte y difícil de fragmentar, Freud (1921) expone:

Todos los individuos deben ser iguales entre sí, pero todos quieren ser gobernados por uno. Muchos iguales, que pueden identificarse entre sí, y un

único superior a todos ellos: he ahí la situación que hallamos realizada en la masa capaz de sobrevivir (1921:115).

Este deseo de solo ser gobernado por ese “uno” genera que exista una doble ligazón libidinosa de los miembros que forman parte de la masa, con el conductor y con los otros miembros de ella y que allí se produzca una profunda consolidación. Se da una identificación secundaria entre los miembros de la masa, que es parcial, posterior a la elección de objeto. En el caso de la masa, es la identificación denominada “histórica” la que aparece, en la cual no se necesita una relación con la otra persona, sino que se identifican por un mismo objetivo, una misma causa, un mismo “líder” (Freud, 1921).

Los miembros que conforman una masa se comportan como si fueran uno, actúan como una unidad, responden a la masa misma. Se toman como propio lo que sucede dentro, a causa de que algo identifica a las personas, algo las une. Esa ligazón tiene que ver con que el “líder” ocupe el lugar del Ideal del yo. Los une la referencia al conductor y por ello se resigna toda individualidad para hacer lo que promulga él. El vínculo de cada miembro con el líder marca la sumisión, sostienen al objeto y son capaces de hacer cualquier cosa por amor al objeto, se compara la relación de la masa con el líder con lo que sucede en el enamoramiento, donde se idealiza a alguien, se lo pone en un lugar destacado, inigualable, la “servidumbre enamorada” actúa igual que los miembros de la masa, y es comparable también como la persona hipnotizada, en cuanto a la sumisión (Freud, 1921).

La religión cristiana proclama dos mandamientos, uno que dice «Ama a tu prójimo como tu prójimo te ama a ti mismo», y otro: «Ama a tus enemigos». Por lo tanto, el prójimo se ve imposibilitado a humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo (Freud, 1930). Esto último tiene como fin controlar la agresión natural del individuo. Por ello, las creencias tienen como recurso esta doble ligación, entre los miembros y con el conductor. Ello responde a “métodos destinados a impulsarlos hacia identificaciones y vínculos amorosos de meta inhibida; de ahí la limitación de la vida sexual y de ahí, también, el mandamiento ideal de amar al prójimo como a sí mismo, que en la realidad

efectiva sólo se justifica por el hecho de que nada contraría más a la naturaleza humana originaria” (1930:109). Freud expone que este mandato es “la más fuerte defensa en contra de la agresión humana, y un destacado ejemplo del proceder psicológico del superyó de la cultura” (1930:138). Por lo tanto, el mandamiento es irrealizable, la cultura no logra domeñar la agresividad que habita en la naturaleza del ser humano, que da cuenta de la pulsión de muerte. Según Freud, la religión es un recurso fallido frente a la pulsión de muerte, podríamos preguntarnos entonces si la misma sigue siendo eficaz.

Por otro lado, es relevante explicitar que como plantea Freud (1921), la Iglesia es una masa artificial, por lo tanto emplea cierta compulsión externa para prevenir su disolución e impedir alteraciones de su estructura. Tiene alto grado de organización, y que se protegen de su disolución, esto se aprecia en la enseñanza de la religión desde la temprana infancia, y en los lazos que genera. Freud en Psicología de las masas y análisis del yo explicita:

En el fondo, cada religión es de amor por todos aquellos a quienes abraza, y está pronta a la crueldad y la intolerancia hacia quienes no son sus miembros. Por mucho que personalmente nos pese, no podemos reprochárselo con demasiada severidad a los fieles; a los incrédulos e indiferentes las cosas les resultan mucho más fáciles, psicológicamente, en este punto. Si hoy esta intolerancia no se muestra tan violenta y cruel como en siglos pasados, difícilmente pueda inferirse de ello una dulcificación en las costumbres de los seres humanos. La causa ha de buscarse, mucho más, en el innegable debilitamiento de los sentimientos religiosos y de los lazos libidinosos que dependen de ellos. (1921:94)

La Psicología de Masas se encuentra ligada al asesinato del padre de la horda primordial, es decir, al mito del origen de las creencias religiosas “el conductor de la masa sigue siendo el temido padre primordial” (1921:121). Nuevamente apreciamos la necesidad de estas creencias, a partir del desvalimiento humano que es constitucional, nos exigimos suplir la necesidad de protección constante.

En síntesis, a partir de lo mencionado se puede apreciar la estructura libidinal de las religiones en tanto formación de masas y la satisfacción narcisista que podrían generar dichas representaciones, al recuperar libido narcisista. Esto sucede debido a la colocación del conductor de la religión en el lugar del ideal del yo y/o cumplir con los mandatos. Esto último le provocaría atracción de formar parte de ello al ser humano. Sin embargo, desde los aportes freudianos esto tiene otro costado: la humillación, la falta de crítica, el sentimiento de culpa inagotable, etc.

Para finalizar este apartado, tomando los planteos del mencionado autor en el Malestar en la Cultura (1930) podemos sostener que las creencias influyen en la economía pulsional, limitando la agresividad, aplacando la hostilidad del ser humano, favoreciendo así las ligazones tiernas y generando grandeza yoica a partir de la libido narcisista

i. La religión ¿nos resguarda de la neurosis individual?

Freud plantea que las creencias religiosas nos resguardan de las neurosis individuales, pero para entender lo que afirma dicho autor es necesario hacer un recorrido.

Como mencionamos al comienzo, el origen de las creencias religiosas puede remitirse de alguna manera a la cultura. La cultura regula y normativiza la agresión y la hostilidad, crea las normas, o religiones que también son concebidas como un sistema normativo, que actúan como nuestra autoridad exterior. Como se dijo anteriormente, al limitar la agresión, la misma vuelve y es introyectada al superyó, así, la autoridad se interioriza y surge la conciencia moral, por ello se genera una mayor exigencia de renuncia proveniente del superyó que “escucha y ve todo”. La religión se crea por la cultura y mediante el pésame, la culpa, los mandamientos, las restricciones ocupa un rol fundamental como limitadora de las pulsiones, inhibe y controla desde adentro. Quien no cumple, quien viola las normas, quien se aleja de los

mandamientos y quien piensa de manera distinta, se convierte en pecador. Freud expone:

Las religiones, por lo menos, no han ignorado el papel del sentimiento de culpa en la cultura. Y en efecto sustentan la pretensión —cosa que yo no había apreciado en otro trabajo— de redimir a la humanidad de este sentimiento de culpa, que ellas llaman pecado. (1930:131)

Con el Sistema Totemista se dio inicio a la religión y el mismo fue creado por el sentimiento de culpa de la horda primitiva. Esta culpa fue primordial para fundar un sistema basado en los dos tabúes fundamentales que, si eran violados, se castigaba o sacrificaba. Se creía que, si alguien pasaba los límites impuestos por el Totemismo ese comportamiento provocaría que más personas infrinjan las leyes proclamadas, por lo tanto, se instauró el castigo, el sacrificio. Freud expone “El psicoanálisis corrobora en este punto lo que suelen decir las personas piadosas: todos somos pecadores” (1913:76).

Esto es así porque mediante el acto del parricidio del relato mítico se funda la cultura e indirectamente, al estar atravesados por el Complejo de Edipo, todos somos parte de esa hazaña y estamos conectados con la misma. Las personas deben reprimir anhelos, sofocarlos a causa de vivir en cultura y de tener la autoridad interiorizada. Esta represión de impulsos no se da sin consecuencias, genera malestar, pero ese sufrimiento es justificado por el sentido de pertenencia que se genera dentro de la masa y por los enunciados que la misma proclama. Ya que, “mediante la fijación de un infantilismo psíquico y la inserción de un delirio en masas, la religión consigue ahorrarles a muchos seres humanos la neurosis individual” (1930:84).

Freud (1930) expone que el programa que nos impone el principio de placer es irrealizable, que cada uno va ensayando elecciones, adaptaciones, y que la religión es quien viene a perjudicar este juego. Lo perjudica a partir de imponer a todos por igual un camino para conseguir la dicha y protección. Utiliza como técnica deprimir el valor de la vida y desfigurar de manera delirante la imagen

del mundo real, lo cual supone el amedrentamiento de la inteligencia y así más ahorramos una neurosis individual.

El padre del psicoanálisis explicita:

En el complejo de Edipo se conjugan los comienzos de religión, eticidad, sociedad y arte, y ello en plena armonía con la comprobación del psicoanálisis de que este complejo constituye el núcleo de todas las neurosis, hasta donde hoy ha podido penetrarlas nuestro entendimiento. Se me aparece como una gran sorpresa que también estos problemas de la vida anímica de los pueblos consientan una resolución a partir de un único punto concreto, como es el de la relación con el padre. Y hasta quizá se pueda incluir otro problema psicológico dentro de esta trama. Hemos tenido hartas veces oportunidad de pesquisar en la raíz de importantes formaciones culturales la ambivalencia de sentimientos en el sentido genuino, vale decir, la coincidencia de amor y odio en el mismo objeto (1913:158).

Es decir que, para el autor, el Complejo de Edipo conjuga el origen de toda neurosis, y de toda religión. Las neurosis se producen por sofocar y desviar las metas de satisfacción pulsional directa. Desde la Psicología de las masas y análisis del yo (1921) Freud expone que en la masa hay desinhibición de la pulsión, pero, tomando los aportes del Malestar en la Cultura (1930), se puede pensar que permiten generar ligazón y limitar la pulsión de muerte.

Para analizar porque responden a lógicas de inhibición diferente, por un lado, se analiza que las neurosis responden a una lógica asocial (Freud, 1921) mediante ellas nos refugiamos de una realidad insatisfactoria en un placentero mundo de fantasía. “En ese mundo real que el neurótico evita gobiernan la sociedad de los hombres y las instituciones que ellos han creado en común; por eso dar la espalda a la realidad es al mismo tiempo salirse de la comunidad humana” (1913:78)

Pero, por otro lado, en la masa existen “pulsiones de amor”, también desviadas de sus metas originarias (Freud, 1921). Las pulsiones son reemplazadas por los lazos, vínculos, entre los miembros y con el conductor, por ello son tan

fuertes y responden a la lógica del “enamoramiento”. La diferencia se basa en que al pertenecer a una masa donde todos viven dentro de la misma transformación delirante de la realidad, los seres humanos se ahorran no tener sentido de pertenencia, y ser asociales. La masa suple el carácter individual de la neurosis, reafirmando lazos y creando una realidad compartida. Al pertenecer a ella, se aprecia que las neurosis desaparecen, por ello resultan de alguna manera funcionales.

Pero por otro lado, Fromm lo que hace es invertir el planteo de que las religiones nos ahorran la neurosis individual. Este autor interpreta la neurosis como una “forma particular de religión, más específicamente, como una regresión a formas primitivas de religión que chocan con las normas oficialmente reconocidas del pensamiento religioso” (1956:46). Plantea que en todos los hombres se aprecian formas individualizadas de religiones primitivas, es decir, generaliza las creencias en cuestión, pero también habla de la individualización diciendo que se pueden apreciar de diversas maneras, como adoración de los antepasados, totemismo, fetichismo, ritualismo, el culto de la limpieza, pero lo que siempre está presente es la regresión al infantilismo psíquico, a la dependencia y el desvalimiento, con la fijación prominente al padre o la madre. Expone:

Hallamos una dependencia del padre que dura, con una intensidad que no disminuye, muchos años después de la muerte del padre, que daña el juicio del paciente, le hace incapaz de amar, le hace sentirse como un niño, constantemente inseguro y aterrado. Este modo de centralizar la vida en torno a un antepasado, gastando en su veneración la mayor parte de la energía, no se diferencia del culto religioso de los antepasados. Da un punto de referencia y un principio de devoción unificador. (1956:50)

Según dicho autor nadie podría resguardarse de estas neurosis individuales, y se anima a ir más allá, dando a entender que la religión las enaltece, preocupándose por crear dogmas irrefutables y restrictivos, en vez de promulgar la práctica del amor y la humildad en la vida diaria.

Fromm explica que la persona solo puede liberarse del culto si se produce un cambio profundo en su personalidad total, si es libre de pensar, de amar, de alcanzar una nueva meta de orientación y devoción, donde pueda escaparse así de ser esclavo del padre. A esta liberación la va a llamar “una forma más alta de religión” en la cual pueda despegarse de su forma inferior (Fromm, 1956). Por lo tanto, ninguna persona está exenta de la neurosis singular, para ejemplificar ello va a plantear también que los rituales del neurótico obsesivo, son equivalentes a los que requieren las religiones.

j. *Funciones de las creencias religiosas.*

Como desarrollamos en el apartado anterior, ser devoto a las creencias religiosas implica sacrificios, someterse a restricciones, limitar pulsiones, y sentir culpa e inhibición, pero también resultan funcionales para la economía psíquica y para afrontar el malestar propio de la vida. La utilidad de dichas creencias se puede pensar al tener en cuenta la masividad de las personas devotas a las mismas, si no generaran algún tipo de ganancia o alivio, tendrían menos seguidores y no hubieran permanecido en el tiempo hasta hoy en día.

Si bien a lo largo del trabajo se fueron mencionando y conceptualizando sus funciones, resulta necesario y práctico puntualizarlas.

Se puede pensar a la religión como un calmante frente a los vasallajes del yo ante la vida en cultura. Como se mencionó, esto lo plantea Freud en el Malestar en la cultura (1930), la vida en cultura nos trae dolores inherentes y hay distintos tipos de calmantes para poder soportarla: poderosas distracciones, satisfacciones sustitutivas, sustancias embriagadoras que nos vuelven insensibles y nos aíslan del mundo siendo peligrosas y dañinas.

Por ello, para lograr suplir la falta de satisfacción pulsional y el sufrimiento en la cultura, explica que las personas pueden encontrar soluciones en buscar dominar las fuentes internas o necesidades con actividades que inhiban a las pulsiones, por ejemplo con el yoga; la sublimación es otra estrategia, que permite un desplazamiento de la meta de las pulsiones, pero no es de

aplicación universal, no es asequible a todos. Sin embargo, el arreglo que resulta más interesante para la temática en cuestión, es la búsqueda de calmar el malestar a partir de obtener satisfacción mediante ilusiones como la vida de la fantasía, destinada al cumplimiento de deseo, así podríamos extrañarnos del mundo y erigir una realidad sustitutiva: la religión. (Freud, 1930)

Otra de las funciones que tienen estas creencias es la providencia que prometen. Con ese destino prometido, todo sufrimiento o dolor cobra legitimidad. La religión crea un seguro de dicha y protección, si las personas acatan y obedecen a los mandamientos, tienen prometido un destino divino, “el cielo” o “el paraíso”.

Esta providencia prometida tiene mucho que ver con la función de resarcir lo padecido. Resarcir quiere decir reparar un daño que se haya causado. Es cautivador indagar por qué las personas que han padecido grandes desgracias siguen sosteniendo estas creencias, que no tienen base empírica. Por qué en vez de tomar esos avatares de la vida injustificables y alejarse de la creencia en Dios, no dejan de lado la fe sino que la fortalecen.

Además, la protección que estas creencias prometen asimismo es funcional para el desvalimiento inherente al ser humano. Creer en un padre de grandiosa envergadura, como ya se aludió, nos pone en una posición infantil, pero esa postura trae beneficios. Este Padre, protege y castiga a quien comete pecados, vela por nuestra vida y nos dirige y ordena el camino pensando a quien haga daño. Si bien proclama limitaciones y prohibiciones, los mandamientos, que no pueden ser desobedecidos, ordenan la vida y eximen a las personas de la elección, que a veces resulta difícil y la cual, en ocasiones, se prefiere sortear.

También como se expuso anteriormente, la religión nos protege de la inclinación agresiva del hombre, mediante sus legalidades y restricciones, hace que el ser humano retrotraiga la violencia apaciguándola entre la gente, pero generando un mayor sufrimiento en el que la introyecta. Son una necesidad cultural para aplacar la hostilidad del ser humano y favorecer las ligazones tiernas. Nacemos desvalidos y dependientes, y por ello, en un primer momento necesitamos de otro que nos cuide y nos proteja, es condición indispensable

para la supervivencia, pero, en el caso de las personas creyentes, esa necesidad de tener otro todo poderoso y protector, es la que no puede dejarse atrás. (Freud, 1927)

En esa línea, las creencias religiosas también nos brindan una respuesta universal ante lo imposible, ante la falta de saber en lo psíquico, logrando evadir la duda sobre los enigmas del mundo, calmando la incertidumbre.

Por último, como ya se mencionó, las creencias se presentan en masa, lo cual trae beneficios, como la satisfacción que se genera al recuperar libido narcisista por ubicar al conductor de la religión en el lugar del ideal del yo y/o cumplir con los mandatos, favoreciendo ligazones tiernas entre los miembros provocando un sentido de pertenencia.

Es relevante aclarar que si bien estas funciones, conforme a Freud, son universales, se desempeñan de modo singular para cada quien, ya que existen diversas formas de tener y practicar la fe. Además las representaciones religiosas forman parte de lo psíquico, por lo tanto los usos variarán y deben analizarse según cada sujeto.

k. Lo que sostienen otras corrientes de la psicología acerca del tema.

Como mencionamos anteriormente, el tema escogido genera controversias e intereses y por ello, gran cantidad de autores han teorizado acerca del mismo. En el presente apartado analizaremos los planteos de otros autores postfreudianos en torno al papel de las creencias religiosas para lo psíquico, su función y su origen. Con ese fin, se tomarán las explicaciones teóricas de Erich Fromm, Viktor Frankl, Donald Winnicott y, de nuestro exponente principal, Sigmund Freud.

En primer lugar, Fromm (1950) se interesa por la religión, a la que aprecia como una necesidad común por parte del ser humano. En su libro *Psicoanálisis y Religión*, la explica como la respuesta que ayuda a las personas a encontrar control y protección en sus vidas. Expone que “Para algunas personas volver a

la religión es la respuesta, no como un acto de fe, sino con el fin de escapar de una duda intolerable, hacen que esta decisión no por devoción, sino en busca de seguridad.” (1950:14).

Según este autor la religión sirve para aliviar los temores de los seres humanos, para facilitar su confort, ordenar a la sociedad y garantizar felicidad. Va a plantear que tiene tanto aspectos positivos como negativos. Los primeros aluden al carácter facilitador de la misma, al garantizar felicidad; y, los negativos, a lograr hacer creer que los seres humanos estamos a merced de un Dios que impone mandatos irrefutables, lo cual negaría la identidad individual de los humanos. Además, en otra de sus obras, desarrolla el concepto de fe irracional como “(...) la aceptación de algo como verdadero sólo porque así lo afirma una autoridad o la mayoría” (Fromm, 1956:162). En este sentido el autor también afirma que: “Tener fe en otra persona significa estar seguro de la confianza e inmutabilidad de sus actitudes fundamentales de la esencia de la personalidad, de su amor” (Fromm, 1956:162). Es decir que, al tomar las creencias religiosas de las personas, se habla de fe sin garantías, por lo tanto, irracional.

Por otro lado, como se ha mencionado anteriormente, Freud (1927) realizó un desarrollo similar al de Fromm, planteando que el ser humano para protegerse de las amenazas naturales, crea la cultura. Como ya se dijo a lo largo del presente trabajo, la misma no acaba en el cumplimiento de preservar a los hombres de aquellos peligros, sino que crea una respuesta a la demanda de saber de los mismos, humanizando la naturaleza. De este modo, el hombre convierte a las fuerzas naturales en dioses, confiriéndoles un carácter paterno que obedece a un arquetipo infantil y filogenético. Es decir, que Freud también realza el carácter de protección y calmante de las creencias religiosas, que nos hace sentir mejor a pesar de ser desvalidos por naturaleza.

Otro de los autores que da una conceptualización diferente y novedosa es Viktor Frankl, fundador de la Logoterapia. Frankl en su libro *El hombre en búsqueda del sentido* (1946) relata las vivencias personales que experimentó en un campo de concentración. A partir de ello, Viktor expone su parecer acerca del sufrimiento y de darle sentido al mismo, él plantea que “(...) no es el

sufrimiento en sí mismo el que madura o enturbia al hombre, es el hombre el que da sentido al sufrimiento. (...) el sufrimiento, en cierto modo, deja de ser sufrimiento cuando encuentra su sentido” (1946:23). En su desarrollo teórico, el psiquiatra se va a diferenciar de las conceptualizaciones de Freud acerca de las creencias religiosas postulando una crítica frente a él, va a decir:

“Algunos autores sostienen que los valores y el sentido no son más que <mecanismos de defensa>, <formaciones reactivas> o <sublimaciones>. Personalmente no querría vivir en aras de mis mecanismos de defensa, ni estaría dispuesto a morir por mis formaciones reactivas>. El hombre, no obstante ¡tiene la capacidad de vivir, incluso de morir, por sus ideales! (1946:27).

Así, se va a distinguir de los desarrollos del padre del psicoanálisis a causa de que Viktor va a explicar que el hombre tiene libertad, libertad de elección en todo momento, “Al hombre se le puede arrebatar todo salvo una cosa: la libertad humana -la libre elección de la acción personal ante las circunstancias- para elegir el propio camino” (1946:95). Para Frankl (1946) el hombre elige su propio camino siempre, él elige en qué creer, puede escapar de las determinaciones de su entorno porque siempre tiene esa posibilidad, por lo tanto, puede elegir las creencias que rigen su vida. Me parece relevante agregar la siguiente frase escrita por Viktor: “El hombre es ese ser capaz de inventar las cámaras de gas de Auschwitz, pero también es el ser que ha entrado en esas mismas cámaras con la cabeza erguida y el Padrenuestro o el Shema Israel en los labios” (1946:160), para analizar la situación paradójica que concierne a este trabajo, donde las creencias religiosas son creadas por el hombre (tesoro de representaciones), pero a su vez las mismas crean subjetividades, (es decir, determinan conductas y afectos) de seres humanos.

Si bien Viktor se diferencia del padre del psicoanálisis, se asemeja al planteo de Fromm, que es postfreudiano. Este último autor también hace hincapié en la fuerza y en la libertad del hombre, explica que solo si se produce un cambio profundo en la personalidad del ser humano, si es libre de pensar, de amar, de

alcanzar una nueva meta de orientación y devoción, puede liberarse de la devoción esclava del padre y dejar así de ser inferior (Fromm, 1950). Plantea que la religión humanista es sana, permite que el hombre desarrolle sus poderes para entender su posición en el universo. Tiende al autoconocimiento y a la autorrealización. Y, el creador de la Logoterapia explica algo similar, su psicoterapia se centra en el sentido y en la búsqueda de sentido del hombre y por ello, expone que la primera fuerza motivadora del hombre es la lucha por encontrarle sentido a su vida y todo hombre tiene la libertad para hacerlo (Frankl, 1946). Ambos autores plantean como elemental lograr comprender y dar sentido a la vida, a su posición, ambos comprenden que el hombre sana y se libera a través del sentido.

Y por último, otro de los aportes seleccionados es el de Donald Winnicott, en los primeros capítulos de su libro Realidad y Juego (1986) menciona y explica brevemente el tema en cuestión. El autor entiende a la Religión como un fenómeno transicional, que sea transicional significa que el mismo está entre la realidad psíquica interna y el mundo exterior ya que está ubicado en la zona intermedia de experiencia.

En dicha zona, la cual Winnicott delimita como un tercer ámbito de la vida, se ubica el objeto transicional, que refiere a aquel que aparece en nuestra temprana infancia pero no se olvida ni se llora, pierde significación y se extiende al mundo exterior, siendo así percibido por más de una persona (Winnicott, 1986). Lo que hace el autor es plantear que la evolución de este objeto transicional se aprecia en fenómenos como la religión, el arte, las ciencias y explica que:

Estudio pues, la sustancia de la ilusión, lo que se permite al niño y que en la vida adulta es inherente del arte y la religión, pero que se convierte en el sello de la locura cuando un adulto exige demasiado de la credulidad de los demás cuando los obliga a aceptar una ilusión que no les es propia. Podemos compartir un respeto por la experiencia ilusoria, y si queremos nos es posible unirlos y formar un grupo sobre la base de la semejanza de nuestras experiencias ilusorias (1986:17)

El autor articula la religión con el objeto transicional a partir de la ilusión. Expone que el hombre puede sortear la tensión que existe entre la realidad externa y la interna por elementos, creencias, que corresponden a esta zona intermedia de experiencia donde se ubicaba el objeto transicional la infancia y posteriormente los fenómenos transicionales. Esta zona está libre de todo ataque, responde a lo infantil, muestra omnipotencia y creatividad. Mientras no se exija aceptación de la objetividad de estos fenómenos intermedios, subjetivos, van a resultar funcionales para el alivio (1986:31).

1. La actualidad de las creencias religiosas ¿Se encuentran en crisis?

Como ya se ha mencionado a lo largo del presente trabajo, muchas de las prácticas, modos de relacionarse, percibir y pensar al mundo que proclamaron las religiones antiguas, siguen vigentes hoy en día. En este sentido, podemos sostener que los sistemas religiosos implican representaciones difíciles de cambiar, con ciertas resistencias a moldearse a los tiempos que corren.

Desde Fromm (1950) se piensa que la práctica religiosa consiste en buscar el fin supremo de la vida pero que ello, en estos tiempos, ha cesado a causa de que el hombre es un instrumento económico del capitalismo: "la orientación que más nos pone en peligro la actitud religiosa es lo que yo he llamado la "orientación mercantil" del hombre moderno" (1950:136)

Fátima Alemán en *El malestar en la cultura del Siglo XXI* resignifica el texto *El Malestar en la Cultura* (1930) de Freud, comparando los imperativos que rigen en cada época. Esta autora expone que malestar, cultura y época son tres conceptos que están íntimamente relacionados. La cultura se puede apreciar desde dos puntos de vista, como civilización, es decir como un conjunto de normas para regular las relaciones entre los hombres; y como posibilitadora, teniendo en cuenta el saber del hombre para subvertir a la naturaleza.

El malestar aparece como elemento irreductible producto de un antagonismo del hombre con la cultura. El imperativo cultural que implica una renuncia al goce pulsional por parte del sujeto como requisito para el ingreso a la cultura, genera malestar y es inherente a la vida del ser humano. Este imperativo cultural regula las relaciones, normaliza, funciona como ideal y promueve una moral sexual. Cada época tiene sus propios criterios de normalidad y proclama una moral sexual que pretende universalizarla.

La moral victoriana, de la época de Freud, estaba ligada a la represión de la sexualidad y al protestantismo, poniendo en primer plano el valor de la renuncia. La religión funcionaba como legitimadora del sufrimiento, lo que hacía más fácil soportarlo. Citando las palabras de la autora:

La Civilización freudiana es para los autores aquella definida por Freud en su texto *El malestar en la cultura* en el año 1930, donde la renuncia a la satisfacción pulsional como imposición de la cultura lleva la marca del “nombre del padre”, es decir, la ley del incesto de “Tótem y tabú” como símbolo del pasaje naturaleza/cultura, una ley de carácter universal (“para todos”), que tiene como corolario la prohibición (represión) bajo el peso del Ideal. (2015:1)

Se entiende entonces que ha regido el significante del Nombre del Padre como razón del orden simbólico, un significante fuerte y permanente que determinaba las aspiraciones, los vínculos y los modos de actuar de las personas. Estos mandatos, estas restricciones causaban malestar, pero Freud encuentra que dicho malestar en tanto renuncia a la satisfacción pulsional tiene salidas, tiene recursos, como “defensas frente al sufrimiento” y aquí es donde aparece la religión como justificadora de la renuncia (Alemán, 2015)

Hoy ya no se trata de un único significante amo que ordene, que prohíba, que reglamente la satisfacción y las buenas costumbres, “más bien, en el lugar dominante o brújula de la civilización de hoy tenemos el objeto a, en tanto plus de goce, objeto que tapona la pérdida y nos invita al consumo sin límites” (2015:3). El imperativo de la época no se basa en la restricción, sino en gozar

sin límites. El superyó en vez de exigir más renuncia, exige más y más goce y así como la renuncia en la época freudiana no ofrecía vía a la felicidad, la invitación al goce sin limitaciones de hoy tampoco lo hace. Y ya no se encuentran soluciones que justifiquen el sufrimiento que esto genera; en la época actual las salidas se presentan en términos de impasse, es decir, de punto muerto o situación sin salida, hay una nueva forma de malestar, angustia masiva, deslocalizada, sin tratamiento a modo de síntoma que no se justifica (Alemán, 2005):

El superyó lacaniano, que Lacan despejó en el Seminario Aun, produce un imperativo distinto: ¡Goza! Este es el superyó de nuestra civilización". Es así como el nuevo régimen de la civilización contemporánea ya no lleva la marca de la represión, en tanto prohibición a la satisfacción pulsional, sino la "exigencia a gozar" aunque sea al precio mortífero de un "más allá del principio del placer". (2015:3)

A partir de estos desarrollos podríamos sostener que la religión, de alguna manera, está en crisis, ya que el significante amo que regía en el pasado no alcanza para regularlo todo. Pero, que este significante pierda total vigencia hoy en día, no implica que deje de funcionar encarnado en las religiones. En este punto podemos preguntarnos si las religiones siguen resultando tan eficaces o generan tantos adeptos como antes.

Resulta relevante citar a Carlos Escars que expone:

No es lo mismo decir que ya no hay padre, declararlo muerto, o incluso pretender asesinarlo, que decir que el padre es inconsistente. Matar al padre, o aun no darlo por muerto -Freud lo decía en Tótem y Tabú- no es sino el mejor modo de sostenerlo como omnipotente. Soportar la inconsistencia del padre es sin dudas difícil que matarlo o quejarse de su muerte" (2002:2).

El autor plantea que Freud en Moisés y la religión monoteísta no trata de negar o quitarle el padre a su pueblo, sino que lo pone en cuestión, usa la expresión “ponerlo sobre el tapete” y dice que lo que Freud hace es construir algo con ese padre, escribe algo a partir de él. Matar a ese padre lo eternizaría, o provocaría resucitaciones salvadoras, pero hacer algo distinto con él lo pone en una posición inconsistente y eso puede pensarse hoy en día, en tanto la legalidad que opera desde las religiones. El padre no ha muerto sino que está presente, pero con la lógica del “no todo”, con una posición inestable.

3. CONCLUSIÓN:

En el presente Trabajo Integrador Final se indagaron distintas teorizaciones de la Psicología y el Psicoanálisis para explicar las posibles causas y fundamentos de las creencias religiosas.

El principal autor que se tomó fue Freud, quien a lo largo de su bibliografía trató el tema exhaustivamente. Se logró analizar a las creencias religiosas desde una perspectiva metapsicología, lo cual resulta novedoso, a causa de que el mencionado autor no expuso esa relación de manera explícita en sus escritos. Ubicamos a las creencias religiosas en el marco de la segunda tópica freudiana y se plantearon otras posturas que marcan tanto un distanciamiento como una aproximación con la del padre del Psicoanálisis.

Se dieron posibles respuestas a las preguntas ¿Qué función cumplen las creencias religiosas en el psiquismo? ¿Cómo puede explicarse desde el psicoanálisis el extremo aferramiento de algunos sujetos a sus creencias religiosas? ¿Qué usos pueden hacer los sujetos de ellas? ¿Cuáles son sus causas a nivel de lo psíquico? ¿Qué instancias psíquicas de la tópica Freudiana y cómo están involucradas en el aferramiento de algunos sujetos a sus creencias religiosas? ¿Qué papel pueden cumplir los mandatos religiosos en el conflicto psíquico neurótico?

En un primer momento, se recortaron delimitaciones, desde distintos autores, de las creencias donde se concibieron de diversas maneras, como mandatos, ilusiones, sistema de representaciones, por otro lado como algo de lo que no podemos escapar, y como una necesidad del ser humano. También se analizó que dichas representaciones pueden contribuir a la constitución del psiquismo, afectando a la subjetividad y a su vez produciéndola, así como también, pueden agudizar el sentimiento de culpa.

Como se mencionó a lo largo del trabajo, ser creyente implica sacrificios, pero también, las creencias religiosas resultan funcionales. Se analizó a la religión como un calmante frente a los vasallajes del yo ante la vida en cultura, además, se hizo hincapié en que las creencias al presentarse en masa, conllevan beneficios, los mismos fueron abordados. Otras de las funciones de estas creencias que fueron revisadas fueron la Providencia que prometen, la protección que brindan y, la respuesta universal que aportan ante lo imposible, ante la falta de saber en lo psíquico. Pero a pesar de las utilidades mencionadas, también se expusieron las críticas que realiza el padre del Psicoanálisis a las mismas.

Se rastreó el origen de las religiones desde dos puntos, desde la cultura y desde el orden de lo constitucional del psiquismo, y se analizó como ambos van de la mano ya que uno no existe sin el otro.

Por otro lado, se abordó la pregunta acerca de qué instancias psíquicas de la tópica Freudiana se ponen en juego a la hora de tener fe, y pudimos afirmar que las representaciones religiosas podrían formar parte del superyó, ya que regulan los vínculos, plantean un sistema de normativas, y esas normativas se interiorizan. Examinamos la instancia del ideal, sosteniendo que interviene al delimitar un modelo de hombre al que se tiene que llegar a ser, y a su vez, al idealizar y dotarle devoción incondicional al “padre” de las creencias en cuestión. Y concluimos que afectan al ello, ya que al actuar desde el superyó podrían colaborar a que el yo ponga en marcha el mecanismo de represión de las pulsiones no aceptadas por las creencias religiosas. Entonces, se apreció como el yo tiene que lidiar con dichas creencias, poniendo en marcha mecanismos de defensa.

También se profundizó acerca de la estructura libidinal de las masas, a causa de que las religiones se dan dentro de ellas y se delimitaron tanto los beneficios como las desventajas a nivel psíquico que produce la pertenencia a las mismas.

Si bien se revisó exhaustivamente la temática desde el Psicoanálisis y sobre todo desde el fundador del mismo, quedaron pendientes autores como Jaques Lacan, o aportes de otras corrientes.

Resulta relevante mencionar que para Freud, la ciencia sustituiría a la religión, a causa de que “a la larga nada puede oponerse a la a la razón y a la experiencia, y la contradicción en que la religión se encuentra con ambas es demasiado palpable” (1927:53). Pero a pesar de ello, el mencionado autor expone que dichas creencias tampoco se sustraerán completamente de la vida de los sujetos mientras se aprecien en ellas contenido consolador y protector frente al sufrimiento. Lo aludido se relaciona con lo desarrollado en el apartado de la actualidad, donde si bien se plantea que las creencias religiosas ya no regulan todo, siguen siendo un recurso o herramienta disponible para los seres humanos, con el uso principal de afrontar el malestar en la cultura, lo que nos llevó a preguntarnos si las mismas se encuentran en crisis.

El padre del Psicoanálisis explicita que uno de los aspectos endebles de las representaciones religiosas es que las mismas responden a una ilusión, a la que el creyente se ve obligado a defender con todas sus fuerzas, y que si ella pierde valor, el mundo del devoto se arruina por completo. El sistema de creencias se edifica de forma débil, donde si algo cae, todo se derrumba. El mencionado autor expone que:

Creemos que el trabajo científico puede averiguar algo acerca de la realidad del mundo, a partir de lo cual podemos aumentar nuestro poder y organizar nuestra vida. Si esta creencia es una ilusión, estamos en la misma situación que usted, pero la ciencia, por medio de éxitos numerosos y sustantivos, nos ha probado que no es una ilusión (1927:53).

Freud, a pesar de sus críticas, no deja de darle un importante lugar a las creencias religiosas en la economía psíquica y en la vida social. Las habilita como una forma de tolerar la vida en cultura, aunque fallida como todos los calmantes disponibles. En lo que concierne al exponente principal de este trabajo, lo ha cautivado desde su juventud el problema de la eterna hostilidad del hombre hacia sus semejantes. El mencionado autor constata la existencia de tendencias destructivas, antisociales y anticulturales, las últimas se expresan cuando el hombre reacciona ante el malestar que le provocan los vínculos sociales y las normas culturales. Así, fundamenta la condición de una eterna hostilidad del ser humano hacia la cultura a partir de ejemplificarlo con hechos puntuales como guerras, luchas religiosas. Freud explicita que esta tendencia responde a una disposición pulsional, autónoma, originaria del ser humano (Miranda, 2012). Por lo tanto, es relevante hacer hincapié en que la religión como recurso resulta fallida, a causa de que existe la pulsión de muerte en sus distintas formas de expresión: agresividad hacia los otros o exigencia superyoica. Se podría pensar entonces a la pulsión de muerte como el punto fallido de la religión a modo de paliativo frente al sufrimiento.

Es decir que lo traumático, tanto a nivel social como individual, no termina de ligarse ni tramitarse más allá de las épocas, lo que da cuenta de la pulsión de muerte y sus efectos.

Por último y desde la propia mirada entiendo que al fin y al cabo la única certeza que tenemos es que en algún momento moriremos, y luchamos por darle sentido a ese hecho. Quizás justificar la única certeza que causa dolor, es lo que nos mantiene vivos, es lo que nos hace darle sentido a la vida.

*“El hombre que no percibe el drama de su propio fin no está en la normalidad sino en la patología, y tendría que tenderse en la camilla y dejarse curar”
(Gustav Jung)*

4. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bleichmar, S. (2005). Capítulo 10 “Nuevas tecnologías, ¿Nuevos modos de la subjetividad?” Capítulo 11 “Límites y excesos del concepto de subjetividad en psicoanálisis”. En *La subjetividad en riesgo*. (pp. 69-77 y pp. 79-85). Buenos Aires. Topia Editorial.
- Castoriadis, C (1989). La institución imaginaria de la Sociedad en Colombo E.: El Imaginario Social. Ediciones Nordan Comunidad – Montevideo.
- Frankl, V. (2019/1946). El hombre en busca del sentido. Barcelona: Editorial Herder.
- Freud, S. (1992/1930). El malestar en la cultura. En: Obras Completas. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorroutu
- Freud, S. (1992/1927). El porvenir de una ilusión. En: Obras Completas. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorroutu.
- Freud, S. (1992/1923). El Yo y el Ello. En: Obras Completas. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorroutu.

- Freud, S. (1975/1914.). Introducción al Narcisismo. En: Obras Completas. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorroutu.
- Freud, S. (1992/1915). Lo inconsciente. En: Obras Completas. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorroutu.
- Freud, S. (1992/1921). Más allá del principio de placer. En: Obras Completas. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorroutu.
- Freud, S. (1991/1937 [1939]). Moisés y la Religión Monoteísta. En: Obras Completas. Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorroutu.
- Freud, S. (1992/1921). Psicología de las masas y análisis del yo. En: Obras Completas. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorroutu.
- Freud, S. (1980/1913 [1914]). Tótem y Tabú y otras obras. En: Obras Completas. Tomo XIII. Buenos Aires: Amorroutu.
- Frisón, R y Gaudio, E (2009). Discurso Mítico, Discurso Religioso: Construcción de un origen. II Congreso Internacional de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata
- Fromm, E. (2017/1956) El arte de amar. Buenos Aires: Paidós.
- Fromm, E. (1956/1950). Psicoanálisis y Religión. Editorial Psique, Buenos Aires.
- Laplanche, J. (2006/1996). Diccionario de Psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.
- Miranda, F. (2019). Capítulo 20 “Pulsiones y desarrollo cultural: paradojas y antagonismo”. Libro de Cátedra de Teoría Psicoanalítica: Problemas del Psicoanálisis 2. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/80696>.
- Peresson, F. y Alemán, F. (2015) “El malestar en la cultura del siglo XXI”. Ficha de Cátedra de Psicoterapia I UNLP.
- Pérez, J. (2019). Capítulo 17 “Pulsión de muerte y superyó: lecturas sobre el “más allá...” en Freud. Libro de Cátedra de Teoría Psicoanalítica: problemas del Psicoanálisis 2. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/80696>.
- Rivière, E y Quiroga, A (1972) Documento para sentar la propia posición en el marco de una aguda polémica existente en la Primera Escuela Privada de Psicología Social y en la Escuela de Psicología Social de Tucumán.

- Sabino, C. (1996). El diseño de investigación. En El proceso de investigación. Buenos Aires: Lumen-Hvmanitas.
- Winnicott, D. (1986). Realidad y juego. Barcelona. Editorial Gedisa
- Yuni, J. y Urbano, C. (2006). Métodos y técnicas de recolección de información. En *Técnicas para investigar*. Córdoba: Brujas